

Mas silencio. . . . ¡oh! Dios nos tiene
De su mano en esta empresa;
¡Oyes? el caracol viene
Bajando.

Juan. ¿Quién?

Ped. La condesa.
Tal vez pueden oportunas
Conjurar nuestras desdichas
Cuatro palabras bien dichas.

Juan. El cielo os inspire algunas.

Ped. Como hablo yo á doña Juana,
Fío en Dios. . . échate fuera
Y guárdame esa escalera,
Y avisa si álguien la gana.

Juan. Por sobre mí pasarán
Antes.

Ped. No, de ningún modo;
Fíalo á la astucia todo,
Y nada á la fuerza, Juan.

Juan. Entiendo, entiendo.

Ped. Sal, pues.

Yo duermo como un lirón
Hundido en este sillón.

Juan. Ampárenos Dios.

ESCENA VI.

LA CONDESA DOÑA JUANA, PEDRO.

[Doña Juana sale con mucha precaucion. Pedro
la habla como durmiendo y sin cambiar de pos-
tura.]

Cond. (El es.
Los ví desde la vidriera
Del crucero.—Solo está:
¡Tiemblo!—Si acaso será
Un falsario?)

Ped. Ver pudiera
Algun traidor.

Cond. ¡Ah!
Ped. Señora,
Oid; mas que estoy enfermo
No olvideis, y que aquí duermo.

Cond. ¡Pedro!

Ped. Yo soy; mas ahora
Oidme por Dios con calma
Y fingios distraida,
Porque á ambos nos va la vida.

Cond. ¡Ay! Tengo en un hilo el alma.

Ped. Tres meses hace que os sigo,
De Don Pedro por salvaros,
Y de aquí vengo á sacaros,
O á morir con vos me obligo.

Cond. ¡Pedro!

Ped. Dejádme acabar,
Que no hay tiempo que perder.
¡Estais dispuesta á arrostrar. . . . ?

Cond. Todo, sí; que aunque mujer,
Tengo una alma tan entera,
Que no hay princesa en España
Tan capaz de alguna hazaña,
Ni de voluntad mas fiera.

Ped. Vais el furor de Don Pedro
A hacer que se centuplique,
Huyéndoos á Don Enrique.

Cond. Dispuesta estoy, no me arredro.

Ped. Tal vez hay que prescindir
De vuestra real dignidad.

Cond. No importa.

Ped. Algun vil disfraz
Endosaros para huir.

Cond. Nada de eso me da pena;

Inconvenientes son vanos,
Si me sacan de las manos
De este traidor de Marchena.

Ped. Mas el rey. . . .

Cond. No hables del rey;

Ninguno aquí se respeta:
Marchena no se sujeta
Desde hoy á ninguna ley.

Y por último, Carrillo,
Consiento en cualquier vileza
Por escapar con presteza
De este maldito castillo.

Ped. Señora, me haceis temblar;
¿Que puede pasar aquí
Que os impela á hablar así?

Cond. Carrillo, tan gran pesar,
Tan ignominiosa mengua,
Que doy por huir al instante,
La hermosura del semblante
Y el caro don de la lengua.

Ped. Ya os comprendo. ¿Y tal baldon
Osó proponer siquiera. . . . ?

Cond. Pedro, mas ¿de qué manera!
Con cuán taimada intencion!
No es, Carrillo, mi belleza
Lo que en mi favor le anima.

Ped. ¿Pues qué es lo que en vos estima?

Cond. Mi estirpe real, mi nobleza;
Con traidora mano impura
Prepara un veneno á Enrique,
Y quiere que justifique
Su atentado mi hermosura.

Ped. ¡Oh infamia!

Cond. Sueña en poder,
En coronas y en grandeza,
Y le hace falta nobleza
Que le dará una mujer.
Y en supersticiosa fé,
Espera imperial dominio,
Por no sé qué vaticinio
En que desde niño cree.

Ped. Si, sí, os sobra la razon,
Y huir al punto es forzoso
Traidor tan supersticioso;
La manera y la ocasion,
Y todo cuanto medito
Para salvaros, vereis
En ese suscinto escrito,
Que leído quemareis.

(La alarga un pergamino que la Condesa recoge
con disimulo.)

Si aceptais. . . .

Cond. Sí, desde ahora.

Ped. Lo único acaso posible
Es.

Cond. Todo me es admisible.

Ped. Pues esta noche, señora.
Y no echeis del corazon
La conviccion de que es fuerza
Que se burla y que se tuerza
La traicion con la traicion.

Cond. Lo sé.

Ped. Pues disimulad,
Fingid, mentid.

Cond. Fé en mí ten,
Que no ha de fingir tan bien
El mas astuto juglar.

Ped. Será en vuestro beneficio.
Y ahora, señora, yo duermo;
No soy yo, soy un enfermo
Sin movimiento y sin juicio.

(Cierra los ojos y se mantiene sin movimiento, que
es en lo que estriba todo el carácter y dificultad
de esta escena en el papel de Pedro Carrillo.
La Condesa se aparta un poco de él y queda
apoyada en la baranda de piedra de la galería,
como agena de lo que por ella pasa.)

Cond. ¿Lo que puede su lealtad!
Tan fiero y tan impaciente,
Por ella solo consiente
En tal ficcion y ruindad!

¿Yo tambien le imitaré.

(Alza los ojos.)

Dios, señor de las alturas,
Dame en tantas amarguras
Destreza, valor y fé.
Mas el jardin cruza, y sube
La escalinata hácia aquí:
Fingiré que no le ví
Y que en algo me entretuve.

(Quedan ambos en silencio un momento. Pedro
durmiendo, la Condesa mirando á lo alto. Mar-
chena sube por la escalera de rompimiento.)

ESCENA VII.

LA CONDESA, PEDRO, MARCHENA.

March. ¿En sus tristes pensamientos
Cuán embebecida está! (La contempla.)
Ni aun me ha sentido quizá!

Juana. ¡Ah! . . . Marchena.

March. Unos momentos
Ha que os estoy contemplando,
Tan á lo que os cerca agena. . . .

Juana (interrumpiéndole.) Sí, teneis razon, Mar-
chena,

Desde aquí estaba mirando
Esas nubes pasajeras
Que al blando impulso del viento
Van cruzando el firmamento
Caprichosas y ligeras.

March. Con poco os entreteneis.
¿Y eso os distrae?

Juana. Sí por Dios,
Pues qué, ¿no os distrae á vos
Lo hermoso cuando lo veis?

March. Perdonad, noble Condesa,
Que aunque lo bello admiré
Siempre, jamas me paré
En una cosa como esa.

Juana. Lo olvidé, teneis razon:
Vos nunca al cielo mirais,
Y es inútil que lo hagais
Si no os habla al corazon.
A aliviar mi soledad
A este corredor salí,
Y de la tristeza fuí
A dar con la enfermedad.

March. ¡Dios! (Repara en Pedro.)

Juana. A ese infeliz hallé
Ahí en su estupor sumido
Como veis.

March. Sí, está dormido.

Juana. Despertarle no logré
Aunque le hablé cerca y alto:
¿Ay de mí, sin acordarme
Que aquí para consolarme
Todo es de sentidos falto!

March. Como á quien sois se os trata
Segun creo, en mi castillo,
Pues yo mismo á vos me humillo,
Y mi gente en mí os acata
Por su señora.

Juana. ¡Ay, Marchena!
 Toda la pompa oriental
No hará que no suene mal
Al cautivo su cadena.

March. De flores quisiera yo
Tejéros la nada mas.

Juana. Y flores son que jamas
Mi decoro recogió.

March. No sé qué os noto, por Dios,
Que os veo menos altiva.

Juana. ¿He de llorar mientras viva
El estar cerca de vos?

March. Siento daros pesadumbre;
Mas así el rey lo dispuso.

Juana. A la mano en que me puso
Me irá haciendo la costumbre.

March. Palabras tan indulgentes
Me hacen creer que vuestro encono
Pasa.

Juana. Es mi santo patrono
Mañana, los Inocentes.

March. (con pavor.) ¿A qué lo habeis recordado,
Cuando olvidarlo queria?

Juana. No supe el mal que os hacia
Sin duda; ¿os habeis turbado!

March. (hablando consigo mismo.) Hoy, sí, es
hoy. . . . pero qué miro!

En ese pasillo Juan. . . .
¿Espía?

Juana. ¿Qué nuevo afán
Teneis? . . . (Apenas respiro.)
Parece que os inmutais;
¿Qué teneis?

March. Todo el infierno
Me habeis alzado en lo interno
Del corazon.

Juana. ¿Delirais?
March. No. ¡Juan!
Juan (saliedo.) Señor.

ESCENA VIII.

DICHOS, JUAN.

Juana. (¡Qué va á hacer!)
March. Responde y dí la verdad,
O el viaje á la eternidad
Puedes prepararte á hacer.
Juan. Señor.
March. ¿Qué hacías ahí!
Juan. A ese hombre, señor, velaba,
Cuando sentí que bajaba
Esa noble dama aquí;
Y como el respeto sé
Con que la queréis tratar,
Su gusto por no estorbar
A este lado me aparté.
March. ¡Vive Dios! si otra intencion
Comprendiera que hay en tí!...
Juan. Presumo que os ofendí,
Capitan. Teneis razon,
Debí apartarle tambien;
Mas como el pobre dormia,
Creí que no estorbaria.
Disimuladme.
March. Está bien.
Juan. (Respiro.) Ahora comprendo
Lo que os turbó... á fé, Marchena, (Se rie.)
Que vuestra aprension es buena.
March. ¿Y os reis?
Juan. ¿No lo estais viendo?
March. ¡Oh!
Juan. Lo entiendo; como haceis
Connigo el enamorado,
Lo zeloso habeis pensado
Que fingir tambien debeis.
¿Y quién os causó recelo? (Se rie.)
¿Quién? Un jayan, un tullido,
Uno vil, y otro dormido.
¡Bah! tropezais en un pelo.
March. Condesa, no me entendeis.
Mas ya que os veo dispuesta
A sondar esta funesta
Tradicion, lo lograreis.
Juan, lleva á ese hombre contigo.
Juan. ¿Y á qué le ha de incomodar?
No puede sordo escuchar
Ni dormido ser testigo.
March. Decís bien.
Juan. Cuenta os haced
Que es un relieve postizo
En ese pilar macizo.
March. Bien. (A Juan.) En la opuesta pared
De ese jardin, un postigo
Hay; al pié de su escalera
Hasta que te llame espera;
Allí irá Lúcas contigo.

(Vase Juan.)

ESCENA IX.

LA CONDESA Y MARCHENA.

(Marchena cierra las dos puertas laterales.)

Cond. (¡Qué va á decir? yo tiemblo.)
March. (al pasar junto á Pedro.) Este menguado...
Mas ora en su estupor yace tranquilo.
Cond. (¡Oh! ¡Si entiende que escucha desvelado!
El corazon por él siento en un hilo.)
March. He comprendido que poneis empeño
Un secreto en sondar que me devora,
Y voy á revelársle, señora,
Aunque esta relacion os turbe el sueño.
Harto me duele el renovar la llaga
Que abrió en mi corazon, mas no me aterra
Ya el siniestro destino que me amaga,
Y arrostrarle sabré: fuerza es que lo haga
Mientras me sufra sobre sí la tierra.
Juana. ¿Me estremeceis!
March. Ahora, atenta estadme,
Y el dardo al ver con que me habeis herido
Recordando este dia maldecido,
Como soy y he de ser al par miradme.
Tiene un rincon el corazon humano,
Donde luz ni razon nunca penetra,
Y en donde Satanas pone un arcano
Escrito contra el hombre letra á letra.
Y realidad ó sueño, nos abruma
Siempre, y de sobre sí nadie le arroja,
Y á la virtud ó al mal nos lleva en suma
Sin permitir al corazon que escoja.
Por él el bien ó la afliccion se espera;
El peligro por él con fé se arrostra;
Por él avanza con audacia fiera
El hombre, y sin valor por él se postra.
Y el criminal gastado, el juez severo,
La vírgen inocente, casta y pura,
La cortesana torpe, el caballero
Noble lo mismo que el servil pechero,
La fuerza sienten de su ley oscura.
A este poder por diferentes modos
Tarde ó temprano sucumbimos todos,
Y este arcano de impulso omnipotente
Es la supersticion... raudal rugiente
Que de esta vida por el mar turbado
Arrastra y sorbe en su fatal corriente
Al triste corazon desesperado.
Juana. ¡Sacrílega impiedad!
March. Lo sé, Condesa.
Tal vez mi perdicion ha de ser esa;
Pero tras ella voy. Yo me burlaba
De sabios y pronósticos: creia
Que soldado y feliz como me hallaba,
Burlarme de ellos sin temor podia;
Mas me engañé. Escuchad: yo siempre amigo
Del rey Don Pedro fuí; nunca secreto
De ambicion ni de amor tuvo connigo,
Y siempre quiso á sí verme sujeto.
Una noche, de vino y de placeres
Hartos ambos á dos, él me propuso
Pedir de nuestro sino pareceres
A un sabio que estas ciencias tiene en uso.

Consentí. Nuestro horóscopo le enviamos
Para que el porvenir nos predijera.
Y de él y de sus ciencias nos mofamos
De antemano los dos. ¡Nunca lo hiciera!
Porque al leer el propio pergamino
Por el viejo devuelto, escrito estaba
En él el porvenir que me esperaba,
Y dice así la voz de mi destino.
"Raza enemiga á tí tu muerte trama:
La evitas nada mas por un castillo:
Vasallos y pendon te da una dama:
Y entre agua y tierra en lid de poca fama
Te matarán al fin por un Carrillo."
Juana. Linda aprension de muerte. (Riéndose.)
March. ¿Os mofais de ella?
Yo tambien me ref; mas poco á poco
Tornóse en fallo de mi negra estrella
Lo que sueño juzgué de un viejo loco.
Juana. ¡Morir por un carrillo! (Riéndose.)
March. De la raza
De los Carrillos habla.
Juana (aterrada.) ¡Santo cielo!
March. Por do quiera se cumple esta amenaza;
Do quiera juntos nos rechaza el suelo.
De Don Pedro el pendon seguí constante,
Y el de Enrique siguieron los Carrillos.
El rey me dió al instante
Sus honores, sus tierras, sus castillos.
Púsonos el azar frente por frente:
Donde quiera que voy, doy con alguno;
Donde quiera que van, dan de repente
Connigo, y es destino de esa gente
Que yo les estermine uno por uno.
Ya no hay ley para mí, ya no hay partido,
Ni bando, ni opinion: siempre medroso,
De mí mismo no mas atento cuido,
Y á mi suerte no mas miro afanoso.
Luché, velé, sufrí tres largos años,
Y aun no creyendo en mi fatal estrella,
Que me diera créí mil desengaños;
Pero la ví cumplirse y fio en ella.
Este castillo es prenda de mi vida:
La dama vos de quien marcó la huella
Para ver mi fortuna engrandecida:
Suerte en vuestro favor feliz me ayuda,
Podeis un reino dar á vuestro esposo,
Y espero al fin que al encontraros viuda,
Me deis, cumpliendo el fallo misterioso,
Tierra, y vasallos, y pendon famoso.
Juana. Monstruo impio, jamas... antes espero
Que á las manos del último Carrillo
Por mí se cumpla tu destino entero.
March. No, que ya nos ampara mi castillo,
Y aquí no puede contra mí ninguno.
Juana. ¡Ay si la sombra aquí se alza de alguno!
March. Ya sé que de esa raza á mí enemiga
Os ha seguido por salvaros uno,
Y que llegó en Sevilla y en Toledo
Con maña astuta é infernal enredo,
Hasta escribidos sin temor y hablaros:
Mas no espereis que hasta Alcalá nos siga,
Ni aunque lo hiciera así podrá salvaros.
Es su sino fatal, es sino mio;

Aquí espiró á mis piés el padre anciano,
Buscóme su hijo, y su cadáver frio
Yace allí bajo; me buscó su hermano,
Y sucumbió tambien: de sangre un rio
Aquí en su corazon le abrió mi mano.
¡Oh! y su fatalidad les prevenia
Una muerte á los tres el mismo dia:
Y ese dia fatídico, señora,
En el que estamos es, y esta es la hora.
Juana. ¡Jesus! (Aterrada.)
March. ¿Os da pavora!
Tambien á mí: mas fio desde ahora
En mi cumplida predicción segura.
Juana. ¡Ay si se alza del último la sombra,
Y os sale al paso en tan funesto dia!
March. Callad, callad.
Juana. ¿Parece que os asombra
Su memoria fatal?
March. ¿Qué niñería!
¡Vana ilusion! Si su sepulcro dejan,
Y á demandarme sus fantasmas vienen,
Atras se volverán... me las alejan
De aquí estas piedras que su sangre tienen.
¡Veis esas dos escarpas que emparejan
En aqueste pilar? Ahí se mantienen,
Porque recuerdos son de que algun dia
De ellas pendieron en ausencia mia.
Sus cuerpos á su espíritu espantaron;
No, jamas volverán.
Juana. ¡Horrible historia!
March. Dos años de estas torres me atejaron
Los sueños de esta lúgubre memoria,
Mas por la vez postrera vuelvo á ellas
Con segura esperanza en las estrellas.
Este, Condesa, es mi secreto: este
Es vuestro porvenir: téngoos connigo,
Y meditadlo bien, porque os lo digo:
Vos no sois ya del rey la prisionera,
Sino mia: no el iris de esperanza
Con Aragon en la contienda fiera,
No: sois la luz á que mi mano alcanza
Solamente desde hoy: luz de mi vida,
Luz de la estrella que me alumbró el paso,
Mantenida por mí, por mí estinguida.
Juana. ¡Monstruo! ¿A tanto osarás?
March. Temblando acaso.
Mas ya no hay para mí ley ni partido,
Ni bando, ni opinion; supersticioso,
De mí mismo no mas atento cuido,
Y á mi suerte no mas miro afanoso,
Y... de aquí retirémonos ahora,
Que el toque de oraciones no quisiera
Que nos cogiera aquí, que es triste hora,
Y he de pasar aún la vez postrera.
Juana. Acompañadme, pues.
March. ¿Temblais, señora?
Juana. Sí, sí.
March. Yo os guiaré por la escalera.
Vamos...
[La toma apresurado por la mano y vanse por la izquierda, volviendo Marchena la cabeza con supersticioso temor.]

ESCENA X.

PEDRO, MIRANDO LAS ESCARPIAS.

¡Aquí estuvieron sus despojos!
Fuego, de llanto en vez, brotan mis ojos.
¡Víctimas inocentes! ¡Sombras caras!
Aun hay quien inmolar en este suelo
Todo su ser de la venganza en aras,
Cuenta dar de vuestra sangre al cielo.
¡Aun volverá?... Le esperaré, y cuando entre
En este panteon de los Carrillos,
Con el Carrillo vengador encuentre....
Mas calla, corazón: deber sagrado
Diques te pone aún... aguarda un poco,
Que en manos de tu rey tienes jurado
Volver con ella, ó sucumbir por loco.
Sofoca tu razón; como un cobarde
A industria baja y vergonzosa acude,
Y mientras llega la ocasión mas tarde,
Su misma ruín superstición te ayude.
Sí, sí. Crezca su miedo... y que cuando entre,
Pábulo nuevo á su pavor encuentre.
[Saca del seno una daga ó puñal, y arrojando la vaina entre el ramaje de los árboles del jardín, la clava en el dintel de la puerta por donde ha de volver Marchena, la cual, siendo estrecha, como paso al caracol de la torre, favorece el pensamiento de Pedro. Este se vuelve á sentar en la misma postura que ha conservado en las anteriores escenas.]

ESCENA XI.

PEDRO, MARCHENA.

[Este, al salir por donde entró con Doña Juana, cierra la puerta, y al cerrarla tropieza en la daga y la coje.]
March. Huyamos de este sitio: me amedrenta
En estas horas su ámbito funesto,
Y siento que el pavor se me acrecienta
Con los recuerdos de hoy... pero qué es esto?
¡Santo Dios!... ¡Una daga... no es la mía!...
Clavada estaba, sí; ¡oh!... ¡Qué pensamiento
Tan infernal... hoy fué... de aquí al momento
Salgamos!
[Suena á lo lejos el toque de oración en las campanas de Alcalá].
¡La oración... Me lo temía!
¡Juan! ¡Lucas! pronto á mí, lucas, corriendo.
No me atrevo á mover... pronto á mi lado
Venid....

ESCENA XII.

PEDRO [COMO SIEMPRE], MARCHENA, JUAN, LUCAS, Y VARIOS BALLESTEROS CON ANTORCHAS.

Juan y Lucas. Henos aquí.
March. ¡A mis piés clavado
Un puñal!... Alumbrad. [Mira el puñal.]
Lo estaba viendo

Que este iba á ser un día desdichado.
Acaso de esa luz el falso brillo...
Fascinación acaso de mis ojos.
¡Qué dicen esos caracteres rojos
De ese hierro? Leed.

[Lo alargó á los otros.]

Ball. [que leyó en el acto primero el pregón de Don Pedro.] Pedro Carrillo.

March. No es mi imaginación enloquecida,
No. ¡Ira de Dios! Con vuestra propia vida
Todos me pagareis traición tamaña.

Juan, Lucas y los demás. ¡Señor!

March. Mas aquí ese hombre. ¡Si fingida
Fuera, Dios santo, su demencia extraña!...
[Va á él.] ¡Desdichado de tí si de ellos eres!
[Le sacude y arrastra hácia el público. Lucas le pone su antorcha cerca del rostro para que se vea y comprenda la fisonomía del actor; y Juan al otro lado, con la mano en el puño de su espada, se muestra preparado á arrojarla sobre Marchena.]
Despiértate, traidor; acaba ó mueres.

[Le muestra la daga.]

¡Le conoces! ¡es tuyo! ¡aquí no has visto
Quién le vino á traer? Habla, ó te mato.

[Pedro le toma la daga, la mira dándole vueltas, y le dice soltando su estúpida carcajada.]

Ped. ¡Pa-para tri-inchar?

March. ¡Oh! El insensato
No me comprende, no.Ped. Yo ya esto-oy listo.
¡Va-vamos ya á cenar?

[Marchena le rechaza de sí empujándole, y Pedro sigue riendo.]

March. ¡Deliro! ¡Sueño!
¡O este día fatal me abre el abismo?

[Marchena muestra en sus desatinados movimientos el vértigo á que le conduce su temor y superstición. Pedro le mira, y siempre aumentando su risa, dice:]

Ped. ¡Qué-qué le da á ese ho-ombre?

¡Está lo-oco?

[Marchena, volviendo en sí de repente, y reconociendo el sitio en que se halla, responde á Pedro con acento sombrío, saliendo precipitadamente y tirando el puñal.]

March. Si, sí: estamos los dos tal vez lo mismo.
[Vase.]

ESCENA XIII.

PEDRO, JUAN, LUCAS.

[Lucas queda mostrando indecisión, y como quien no sabe lo que le pasa. Juan le empuja y le saca de su estupor. Este y Pedro al quedarse solos varían completamente de actitud y fisonomía, pasando de la estupidez á la inteligencia.]

Lucas [á Juan]. ¡Qué es esto?

Juan [á Lucas]. Yo no sé.

Lucas [con miedo]. ¡Ay! yo tampoco.

Juan. Pero alumbrad, Lucas, no se mate

Segun va.

Lucas. ¡Dios me valga! ¡yo estoy tonto.
[Vase corriendo; los demás que hayan salido le siguen.]
[Juan á Pedro fingiéndose todavía, y ofreciéndole el brazo como siempre.]
[Pedro recogiendo su puñal y enderezándose con brio.]
Juan. Vamos.
Ped. ¡Qué has hecho, Juan?
Juan. Todo está pronto.

ACTO TERCERO.

Patio del castillo viejo de Alcalá, junto á la puerta exterior. A la izquierda esta misma puerta, cuya muralla se prolonga hasta el fondo, y sobre la cual se pueda andar. A la derecha la pequeña torre de la portería, cuyo centro de dos pisos está manifiesto al espectador.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, DENTRO DE LA TORRE. LUCAS, LLEGANDO. LUEGO PEDRO.

Juan. ¡Quién va?
Lucas. Yo.
Juan. ¡Lucas?
Lucas. Yo soy;
Abre, Juan.
[Entra Lucas y cierra. Pedro se acerca á la puerta de la torre con precaución, y escucha.]
Juan. Dios sea loado.
Lucas. ¿en dónde has estado?
Lucas. Casi no sé dónde estoy.
¡Vaya una noche!
Juan. ¡Qué pasa
De nuevo ahora?
Lucas. ¡No es cosa!
Juan. Habla.
Lucas. Una fiebre horrorosa
Que la cabeza le abrasa,
Le tiene casi sin juicio.
Juan. ¡Pero á quién?
Lucas. Al capitán.
Juan. Pues no estés con tanto afán,
Porque ya sabes que es vicio
De su carácter: es hombre
A quien á veces asombra,
El mirar su misma sombra
O el oír su propio nombre;
Pero se le pasa pronto.
Lucas. ¡Ay, da miedo! De repente,
Juan, grita como un demente
O se queda como un tonto;
Y en verdad, Perez, que espanta.
Juan. ¡Y en dónde está?
Lucas. En su aposento
Reposa ahora un momento.
Pero ¿de qué, Virgen Santa,
Se espantó de tal manera?
Juan. De aquel puñal.

Lucas. ¡Mas quién fué
Quién se le dió?
Juan. Yo no sé.
Lucas. Dijo que el suyo no era,
Porque atado á la cintura
Le llevaba.
Juan. El le tendría
De antes, y alguna manía
Le hizo de él tener pavura.
Lucas. Aquí para entre los dos,
Perez, esta fortaleza
Tal á parecerme empieza,
Que me disgusta, por Dios.
Juan. Qué, ¿tienes miedo?
Lucas. ¡Tal vez!

Porque tengo en la memoria
Haber oído una historia
Que tiene visos ¡pardiez!
De estar en gran relación
Con lo que pasó esta noche.
Juan. Miente el vulgo á troche y moche,
Lucas.

Lucas. Fondo de razón
Llevan siempre sus mentiras;
Y en fin, cuando el río suena,
Agua trae.

Juan. En hora buena
Tema el capitán las iras
De esos seres invisibles,
Que dizque el castillo habitan;
Temán los que los irritan
Con sus delitos horribles.
Nosotros, que vida honrada
Llevamos, fieles al rey,
Temamos de Dios la ley,
Pero de fantasmas nada.

Lucas. Tú hablas bien; pero Marchena
Ha un poco que me decía:
"Lucas, nunca de este día
Hay que esperar cosa buena.
No sé á quién atribullo;
Pero en este día aciago
Siempre algún fatal estrago
Sucede en este castillo."

Juan. Cosas tuyas; ya años hace
Que le sirvo, y te aseguro
Que este día es un conjuro
Que sus desdichas deshace.
Por lances que en este día
Lugar y ocasión tuvieron,
Sus fortunas le vinieron;
Conque ya ves, es manía.
El sufre todos los años
Por estos días accesos
Que le trastornan los sesos
Con desvarios extraños:
Mas ¿qué quieres? así son
Las miserias de la tierra,
Y hay hombres á quienes guerra
Da su propio corazón.

Lucas. Es verdad; pero te digo,
Y creelo sin que lo jure,
Que mientras la noche dure,

Juan, no las tengo conmigo.
Juan. ¡Bah! no sé de qué te pamas,
 Ni hay causa de que te asombres.
Lucas. No me amedrentan los hombres,
 Juan, pero sí los fantasmas.
Juan. ¡Válganos Dios! ¡Tambien tú eres
 De los patanes sencillos
 Que creen que andan los Carrillos
 Por estas torres?
Lucas. ¿Qué quieres?
 Yo sé que aquí han muerto de ellos
 Tres lo menos, y al pensar
 En lo que uno oye contar,
 Se le erizan los cabellos.
Juan. ¡Bah! deja tal desatino
 Que tanto afán no merece,
 Y dime, ¿qué te parece
 El diablo de tu sobrino?
Lucas. ¡Mi sobrino! ¿Cuál?
Juan. Gabriel.
Lucas. ¿Pues dónde está?
Juan. ¿No le has visto?
Lucas. No.
Juan. Pues hombre, andas bien listo
 Para portarte con él.
Lucas. Pero, hombre, ¿qué estás diciendo?
Juan. Pero, hombre, ¿qué estás dudando?
Lucas. ¿Gabriel aquí? ¿desde cuándo?
Juan. Lucas, lo estaba temiendo
 De tu ruindad.
Lucas. ¿Pero qué?
Juan. ¡Por un anguila no más!
Lucas. Acaba, por Barrabás,
 Que no te comprendo á fé.
Juan. Tú has metido á tu sobrino
 Por ahí en algún rincón
 Por guardar el anguilon.
Lucas. Pero si aun aquí no vino.
Juan. ¿Cómo que no? ¿Y aun batallas
 Por negarlo?
Lucas. ¿Cuándo? ¿Cómo?
Juan. Vaya, Lucas, que estás plomao:
 Con los carros de vituallas.
Lucas. Pues no le he visto, á fé mia.
Juan. ¡Toma! pues él muy formal
 Se coló con su morral
 De una en otra galería.
Lucas. ¡Jesus!
Juan. Preguntó por tí;
 Mas no logrando tu encuentro,
 Corriendo por allá dentro
 Se fué á buscarte.
Lucas. ¡Ay de mí!
 Todo lo va á alborotar,
 Que según lo que me han dicho,
 El tal sobrino es un bicho
 A quien hay corto que atar.
Juan. Pues hace más de una hora
 Que por ahí anda.
Lucas. Pues voy
 Por él, que á fé de quien soy,
 No me gustara que ahora
 Me turbara ese truhan

El reposo de Marchena.
Juan. Pues por Dios que la hace buena,
 Según está el capitán.
Lucas. Voy, voy.
Juan. Sí, y acuerdate
 Que me tienes prometida
 Una cena á su venida.
Lucas. Y sí que te la daré.
Juan. Pues búscale y date prisa.
Lucas. Voy; tú espérame ahí quedo. (Váse.)
Juan. (A no tener tanto miedo,
 Por Dios me ahogaba de risa.)

ESCENA II.

JUAN, PEDRO [QUE SALE POR DETRAS DE LA TORRE.]

Juan. Pedro.
Ped. Todo lo he escuchado.
Juan. El capitán...
Ped. Su pavor
 Nos ayuda.
Juan. Fué, señor,
 Vuestro empeño algo arriesgado.
Ped. De audaces es la fortuna.
Juan. Sí, mas tanto se la tienta,
 Que alguna vez se la ahuyenta.
Ped. Como aun nos sonria una,
 Nos basta. ¿Hiciste mi encargo?
Juan. Todo está hecho: aproveché
 La confusion y crucé
 El corredor. Sin embargo,
 No fio en que tan oculto
 Fuese que algun centinela
 U otro que anduviera en vela
 No viese...
Ped. Lo dificulto,
 Que el cuento habrá ya cundido
 De lo hecho en la galería,
 Y no habrá quien hasta el dia
 Ose pisarla atrevido.
 ¿Y la dejaste en lugar
 Seguro?
Juan. En la misma puerta;
 No, no temais que ande incierta
 Para dar con ello.
Ped. Errar
 Sentiria, Juan, el paso
 Por un descuido imprudente.
 ¿Y todo lo conveniente
 La pusiste para el caso?
Juan. Todo. La misma Lucía
 Lo arregló: y en disponer
 Tres caballos quedó ayer
 Para esta noche García.
Ped. ¿Y en qué sitio?
Juan. A la bajada
 Del castillo, en la espesura
 Del encinar.
Ped. Pues procura,
 Juan, que no nos falte nada,
 Y antes que vuelva á esta torre
 Lucas y todo lo ataje,

Haz seña para que baje,
 Que es tarde y el tiempo corre;
 Mas cuenta que en el castillo
 Sospechen...
Juan. La seña es tal,
 Que ni aun puede hacerse mal;
 Es el canto del cucillo.
Ped. Pues despacha.
Juan. Apartad, pues.
 [Hace la seña, imitando el canto del cucillo, y se
 la repiten por arriba.]
 ¿Oísteis?
Ped. Sí, ha contestado
 Desde arriba.
Juan. Ya ha cruzado
 El corredor. [Mirando al foro.]
Ped. Ella es.

ESCENA III.

PEDRO, JUAN, DOÑA JUANA [DE MOLINERO, CON ALFORJAS,
TIZNADA LA CARA DE HARINA.]

Ped. Señora.
Juana. Ya estoy aquí
 Dispuesta á arriesgarlo todo
 Sin reparar en el modo;
 ¿Mas dudais vosotros?
Ped. Sí:
 Dudo cuanto mas cercano
 Veo el momento fatal.
Juana. ¿Pues qué, lo harémos tan mal
 Que nos sorprenda un villano?
Ped. Ay, condesa, yo no sé;
 Mas á vuestros piés de hinojos
 Con lágrimas en los ojos
 Os pido perdon.
Juana. ¿De qué?
Ped. Poneros yo en tal baja
 Y en tan grosero disfraz!
Juana. Va en ello la libertad,
 El honor y la cabeza.
 Bien contra mí se han valido
 De mas péfidos amaños,
 Y estos pasos, aunque estraños,
 Me llevan á mi marido.
 Doble política aquí
 Al tenerme prisionera,
 Tiene una nacion entera
 Tiranizada por mí.
 Y en pro de la causa buena,
 Quanto yo voy á intentar
 No podrá nunea empañar
 Mi apellido de Villena.
 Y en fin, Pedro, ya no es hora
 De pensar, sino de hacer;
 No os sonroje una mujer
 En tal ocasion.
Ped. Señora,
 No hay cosa ni en paz ni en guerra
 Que yo no emprenda por vos,
 Que nací, despues de Dios,

Vasallo vuestro en la tierra.
 De mi padre y mis hermanos
 La sangre aquí derramada,
 Reclama desesperada
 Su venganza de mis manos,
 Y yo á ella os antepongo,
 Y por servir á mi rey,
 De mi propio honor la ley
 Bajo vuestras plantas pongo.
 Ved si estaré decidido;
 Mas ofrecer me da pena
 A una sangre de Villena
 Tan vergonzoso partido.
 Poner en tanta baja
 Vuestro decoro, y tener
 En un saco que envolver
 Vuestra hermosura y nobleza,
 Teniendo un buen corazon
 Y una espada á que acudir,
 De apuros para salir
 Y mantener su razon,
 Es cosa contra la mia:
 Mas no hay remedio, es preciso
 Y...
Juana. Yo estaré sobre aviso,
 Pedro, y con tal arteria
 Sabré jugar mi papel,
 Que el espion mas sagaz
 De ver no será capaz
 A Doña Juana en Gabriel.
Ped. Pláceme, por vida mia,
 Tan brava resolucion,
 Y vuestro real corazon
 Conozco en tal bazarria;
 Mas ved que es fácil acaso
 Que la destreza atajada
 Haya que cambiar el paso
 Y echar mano de la espada.
Juana. Ya aquí por nada me arredro,
 Que ya estoy acostumbrada
 A ver sangre derramada
 Por los tigres de Don Pedro.
 Creo ademas que está bien
 Mi estraña trasformacion.
Ped. Estais como la ocasion
 Lo requiere.
Juana. Así nos dén
 Fortuna nuestros destinos
 Para salir con ventura,
 Como nos sobra bravura.
Ped. Oid, pues: hay dos caminos
 Para lograrlo: el primero,
 Hacer que el vino le acabe
 La razon, tomar la llave
 De su cinturón de cuero,
 Y calladito y sin bulla
 Plantarse de cuatro saltos
 Entre esos pinares altos
 Antes que nadie rebulla.
Juana. ¿Y el segundo?
Ped. Es mas violento,
 Pero mas pronto.
Juana. ¿Cuál es?
 3